# Cosa de Mujeres: Ana María Matute y María Rosa Lojo Piensan y Poetizan la Violencia de las Guerras Civiles

Marcela Crespo Buiturón[1*]

*… he preferido la oscuridad que en un tiempo ya pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante, solo, perdido, en los infiernos de la luz…*
María Zambrano, *Filosofía y Poesía*

Se ha hablado mucho sobre la dificultad de narrar las situaciones de violencia colectiva: ¿cómo se narra la muerte, el dolor, el genocidio…? Estas escritoras se han enfrentado a ese dilema, pero también a otro: ambas son mujeres y discuten los discursos hegemónicos, muchas veces también patriarcales, sobre la lucha armada en sus respectivos países: por la guerra civil española (Ana María Matute) y por la última dictadura cívico militar argentina (María Rosa Lojo). Focalizando sus relatos desde la óptica de la segunda generación, la de los hijos, emprenden el camino del exilio interno y dibujan, desde el cuestionamiento a los dogmatismos a los que han sido sometidas, una estética silenciosa, paradójicamente muy elocuente en sus narrativas, muchas veces confundidas con escepticismo.

Este posicionamiento les ha valido, además del problema de encontrar un modo de narrar la disconformidad —lo cual supone enfrentarse a una suerte de violencia epistemológica: ¿cómo narrar sin quedar atrapadas en los dogmatismos y en la palabra domesticada de esos discursos hegemónicos?—, algunos desencuentros con el canon literario oficial de sus países.

[1*] Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Coordinadora del Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales de la USAL. Correo electrónico: marcela.crespo@usal.edu.ar

## 1. Dos Mujeres, Dos Vidas

Ana María Matute es una de las escritoras catalanas más destacadas. Nacida en Barcelona en 1926, comenzó formalmente su carrera literaria con *Los Abel*, de 1948, una novela con un título muy significativo porque alude a los hermanos bíblicos, en claro paralelismo con el enfrentamiento político que se vive en la España. Como en otras novelas, en esta, se percibe claramente el conflicto que quedará instalado por muchas décadas entre franquistas y republicanos, los dos bandos en los que se dividió la sociedad en su conjunto. La historia se narra desde el punto de vista infantil, lo cual es una estrategia que se mantuvo constante a lo largo de la primera producción novelística de Matute y que fue compartida por otros representantes de la generación de los cincuenta, a la que se la suele asociar: la llamada generación de «los niños de la guerra» o «los niños asombrados», es decir, aquella constituida por escritores nacidos en torno a los años veinte del siglo pasado y que comenzaron a publicar por los años cincuenta, durante la dictadura de Francisco Franco. Definitivamente marcados por esta lucha y sus consecuencias, se mostraron muy preocupados por el lenguaje. Sus obras muestran profundas reflexiones metafísicas, pero sin descuidar la reivindicación social. Abandonaron el tono solemne, muy frecuente en la literatura falangista de la época, así como también en la propaganda antifranquista. Son muy irónicos, aunque los convoca un tono más intimista. La mayoría pertenecía a la burguesía y había cursado estudios universitarios. Mordaz, como siempre, Jaime Gil de Biedma, otro catalán que formaba parte de esta generación, los definía —incluyéndose él mismo— como «señoritos de nacimiento y, por mala conciencia, escritores de poesía social». Eran parte de esta generación, además de Ana María Matute, Ignacio Aldecoa, Juan García Hortelano, Juan Goytisolo, Juan Marsé, Carmen Martín Gaite, Ángel Crespo, Carlos Barral, entre otros.

Volviendo a Ana María Matute, en rigor, escribió su primer relato a los cinco años, tras haber estado a punto de morir por una infección de riñón. A los ocho años, volvió a padecer otra enfermedad grave y la enviaron a vivir a Mansilla de la Sierra (Logroño) con sus abuelos. La autora ha reconocido que esta experiencia influyó mucho en sus primeras obras y en algunas posteriores, lo cual se percibe claramente

en textos como *Paulina*, de 1960, o en *Historias de la Artámila*, de 1961, por ejemplo.

Cuando comenzó la guerra civil española, Ana María Matute tenía once años. Como otros de su generación, tuvo una infancia truncada por las experiencias traumáticas de la guerra: la violencia, la sociedad polarizada por el odio entre franquistas y republicanos, la miseria. Todo esto dejó hondas heridas que aún hoy no han terminado de curarse en España.

En sus obras de posguerra, se distinguen claramente las características del neorrealismo de esa época: la ya mencionada *Los Abel* (1948), *Fiesta al Noroeste* (1953), *Pequeño teatro* (1954), *Los hijos muertos* (1958) o *Los soldados lloran de noche* (1964). En estos textos, Matute logra un alto lirismo que, sin embargo, conduce a un crudo realismo. Y como comenté anteriormente, la mirada infantil o adolescente es un elemento común.

Solo reparando en las fechas, se ven claramente las dificultades que ha tenido que sortear para narrar su disconformidad: en 1949, queda semifinalista del Premio Nadal con su obra *Luciérnagas*, que no pudo publicar, censurada por el régimen franquista. Si bien recibe varias distinciones anteriormente, recién a partir del final de la dictadura logra consolidarse oficialmente en el canon literario español. Un recorrido sintético lo muestra sobradamente: en 1976 fue propuesta para el Premio Nobel de Literatura. En 1984, obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil con la obra *Solo un pie descalzo*. En 1996, publicó *Olvidado rey Gudú* y, ese año, fue elegida académica de la Real Academia Española, donde ocupó el asiento «K», siendo la tercera mujer en formar parte de esta institución. Fue miembro honorario de la Sociedad Hispánica de América, y un premio lleva su nombre: Ediciones Torremozas convoca todos los años el Premio Ana María Matute de Narrativa de Mujeres. En 2007, recibió el Premio Nacional de las Letras Españolas al conjunto de su labor literaria y, en 2010, se le concedió el Premio Cervantes.

En la otra orilla de la mar océano y en el panorama literario argentino, María Rosa Lojo es una escritora bastante peculiar. Nació en Buenos Aires en 1954. Su padre fue un exiliado republicano, y su madre, una inmigrante. Desde su infancia, una suerte de exilio por

herencia signó gran parte de su vida y su creación literaria. Su obra ficcional es vasta: *Visiones* (1984), *Marginales* (1986), *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* (1987), *Forma oculta del mundo* (1991), *La pasión de los nómades* (1994), *La princesa federal* (1998), *Esperan la mañana verde* (1998), *Una mujer de fin de siglo* (1999), *Historias ocultas en la Recoleta* (2000), *Amores insólitos de nuestra historia* (2001), *Las libres del Sur* (2004), *Finisterre* (2005), *Cuerpos resplandecientes. Santos populares argentinos* (2007), Árbol de familia (2010*), Bosque de ojos* (2011), *El libro de las Siniguales y del único Sinigual* (2016), *Todos éramos hijos* (2014) y *Solo queda saltar* (2018).

Paralelamente, se dedicó a la investigación y al rescate de obras literarias poco transitadas por la academia y la industria editorial, como la de Eduarda Mansilla, hermana de Lucio V. Mansilla (él sí, famoso por su *Excusión a los Indios Ranqueles*, uno de los pilares del canon literario decimonónico argentino). Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), ya retirada, desarrolló una tarea siempre cuestionadora de los cánones oficiales propuestos desde la universidad en que se formó[2]: sus primeras investigaciones sobre la obra de Ernesto Sábato (*Sábato: en busca del original perdido*), el relevamiento y discusión de la dicotomía clásica «civilización versus barbarie» (La *'barbarie' en la narrativa argentina. Siglo* XIX), y el tratamiento de personajes marginales o controvertidos: *Los 'gallegos' en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa, Identidad y narración en carne viva* y *Leopoldo Marechal y el canon del siglo* XXI, entre otros. Dirigió tres ediciones críticas: *Lucía Miranda* (1860), de Eduarda Mansilla; *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato (Colección Archivos), y *Diario de viaje a Oriente (1850-51)*, de Lucio V. Mansilla; y las colecciones: Ediciones Académicas de Literatura Argentina (Editorial Corregidor) y Ediciones Críticas de Literatura Argentina (Ediciones Universidad del Salvador).

Luego de una larga trayectoria, ha ido recibiendo grandes reconocimientos a su obra: la Medalla de la Hispanidad (2009), la Medalla del Bicentenario de la Ciudad de Buenos Aires (2010), el Premio a la Trayectoria en Literatura de Artistas Premiados Argentinos (2014), el

[2] La Universidad de Buenos Aires, en la que se licenció y doctoró en Letras.

Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2018) y el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (2020). Y recientemente, el Comité Internacional de la Medalla Europea de Poesía y Arte Homero le ha otorgado este galardón[3]. Asimismo, es Miembro Correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (2015), Miembro del Consejo de Administración de la Fundación Sur (2017), instituida por Victoria Ocampo, y fue electa Académica de Honra de la Real Academia Gallega (2019).

Ya desde los títulos de sus novelas como a partir de las temáticas de sus investigaciones, puede intuirse su entrañable lazo con la cultura hispánica, especialmente la gallega. Su producción ficcional y académica no deja de transitar las problemáticas identitarias del exilio y la inmigración, de género, de epistemologías silenciadas. Su condición de exiliada hija[4], de mujer, de *outsider* de las polarizaciones epistemológicas, la ubica en un borde siempre conflictivo.

Cuando se produce el golpe militar de 1976, Lojo tenía veintidós años. Vivió esos tiempos de dictadura jalonada entre el entusiasmo revolucionario de sus compatriotas y coetáneos y el escepticismo de su padre republicano por el sentido de la lucha armada. El fracaso de la resistencia republicana durante la dictadura de Franco y su consecuente exilio lo sumieron en un profundo desencanto, el cual transmitió a su hija desde pequeña. Lojo ficcionaliza esta controversia claramente en su novela.

Por lo tanto, dos mujeres, dos escritoras disconformes que focalizan sus relatos desde infancias vulneradas, desgarradas, exiliadas… Dos miradas oblicuas que, si bien se erigen como cuestionadoras de los mencionados discursos hegemónicos, no descuidan el cincelado de sus lenguajes poéticos.

[3] «María Rosa Lojo recibirá la Medalla Europea de Poesía y Arte». Agencia Télam. Buenos Aires. 4 de julio de 2020.
https://www.telam.com.ar/notas/202007/485430-maria-rosa-lojo-medalla-europea-de-poesia-y-arte.html

[4] Desarrollé este concepto en varios trabajos anteriores, especialmente en mi tesis doctoral: *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción*: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo: http://www.cervantesvirtual.com/obra/andar-por-los-bordes-entre-la-historia-y-la-ficcion-el-exilio-sin-protagonistas-de-maria-rosa-lojo--0/

Se me ocurre que una interesante manera de abordar sus textos y de evidenciar ese modo tan peculiar que les permite evitar la palabra domesticada sea desde ese diálogo inefable entre pensamiento y poesía, que estas novelistas nunca claudicaron, y que María Zambrano defendía, posicionando a la segunda, «indiscreta y en rebeldía» (Zambrano, p. 14), en un espacio que bien se puede identificar en la obra de estas dos autoras: el territorio marginal de las verdades inconvenientes, no gritadas a través de la repetición de los discursos dogmáticos, sino sugeridas a partir de un supuesto silencio, transformado en imágenes creativas, exquisitamente dibujadas en la gramática de sus textos. Esta es mi propuesta, como puente invisible y, tal vez, inaudible, entre dos tiempos, dos geografías, dos voluntades… Dos creadoras honestas, fieles a sus ideas y estilos, que, parafraseando a la filósofa malagueña, han trabajado para que todo lo que hay y lo que no hay llegue a ser, no temiendo ser excluidas, sino luchando por abrirse paso entre los dogmatismos más consolidados. En fin, dos mujeres y un encuentro transatlántico imaginado.

## 2. Dos Novelas en Diálogo Transatlántico

*La guerra… ¿qué cosa será, verdaderamente, la guerra?*
Ana María Matute, *Primera memoria*

*El charco [de orina] empezó a generarse en los últimos compases del Himno Nacional. «¡O juremos con glo-riaa morir! ¡Ooojureemos con glooria morir! ¡Ooooojureemos con gloo-riamo-rir!»*
María Rosa Lojo, *Todos éramos hijos.*

.

Tanto Ana María Matute como María Rosa Lojo han mantenido, a lo largo de sus obras, ciertas constantes: las temáticas (la guerra civil, la dictadura, el exilio, entre otras); las focalizaciones del relato (desde la generación de los niños de la guerra o de la segunda generación del exilio, respectivamente); una cierta imprecisión de géneros que, por momentos, dificulta la catalogación de sus obras y que hace sospechar también de sus destinatarios: ¿literatura infantil (*Olvidado rey Gudú*; *El libro de las Siniguales y del único Sinigual*)? ¿Narrativa, poesía o ensayo (*Primera memoria*; *Todos éramos hijos*)?

Una de esas constantes, que siempre me ha interpelado especialmente, es la discusión de los dogmatismos a las que han sido sometidas desde niñas y ante los que, pertrechadas de un lenguaje sumamente poético, pero no menos controversial, han problematizado cada una de sus totalizaciones de sentido. En esta oportunidad, me detendré en una de las ocurrencias de este operativo sin brechas que ambas despliegan en sus textos: su profundo cuestionamiento a esa extraña alianza entre política y religión.

Gran parte de sus textos habilitarían este abordaje, pero me ceñiré a *Primera memoria*[5], de Ana María Matute, y *Todos éramos hijos*[6], de María Rosa Lojo, como escrituras paradigmáticas de esta propuesta.

La novela de Matute, que recibiera el premio Nadal en 1959, es la primera entrega de la trilogía *Los mercaderes: Primera memoria* (1959), *Los soldados lloran de noche* (1963) y *La trampa* (1969); mientras se podría decir que la novela de Lojo es la tercera entrega de una suerte de saga del exilio heredado, no propuesta por la autora, como en el caso de Matute, pero que bien podría deducirse de una atenta lectura del conjunto de su obra: *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* (1987), Árbol de familia (2010) y *Todos éramos hijos* (2014).

Con *Primera memoria*, Ana María Matute nos abre el universo infantil y adolescente de Matia y su primo Borja, quienes han sido llevados (casi podría decirse en una suerte de exilio) a una isla donde se encuentra la casa de su abuela materna:

> En plenas vacaciones estalló la guerra. Tía Emilia y Borja no podían regresar a la península, y el tío Álvaro, que era coronel, estaba en el frente. Borja y yo, sorprendidos, como víctimas de alguna extraña emboscada, comprendimos que debíamos permanecer en la isla no se sabía por cuánto tiempo (Matute, 2015, p. 11).

La intención es clara: alejarlos lo más posible del peligro que tiene

[5] Parte de las reflexiones sobre esta obra surgieron a partir de una invitación que me hizo la profesora Patricia Hinde, del Radley College de Oxford, para dictar una conferencia en su Webinario Internacional de Literatura y Cultura Hispánica: https://www.webinarioilch.com/post/primera-memoria

[6] Esta novela forma parte del corpus de mi investigación en el CONICET «Las voces del silencio. Narradoras argentinas que discuten los discursos dogmáticos de la última dictadura militar».

lugar más violentamente en la península y cuyos ecos llegan hasta allí, aunque lejanos y en sordina. Imagen que tiene su forma especular en la novela de Lojo, en la que Frik[7], la niña protagonista, vive una forma de exilio interno en la casa paterna[8] y en el colegio de monjas de los suburbios de Buenos Aires:

> Se veía de pie, indecisa, en el umbral hacia otro mundo, fuera de los muros verdes y también de la ciudad de los suburbios y del barrio de casas bajas, tranquilo, donde los estruendos llegaban asordinados, como si los demorasen y los aminorasen la distancia y el espesor del agua en el fondo de un pozo (Lojo, 2014, p. 18).

La madre de Matia ha muerto cuando ella todavía era una niña de ocho años, y su padre está desaparecido (Matute); mientras la madre de Frik impone su presencia fantasmal, presa de una insondable melancolía por la pérdida de sus seres queridos (padre y antiguo amor) y su padre espera un retorno imposible a la España de sus sueños. Sus mundos —tanto el de Matia como el de Frik— estarán signados por la tristeza, el silencio y la controversia, como puede percibirse apenas comienza *Primera memoria*. Matia dice:

> … nunca esperé nada de mi abuela: soporté su trato helado, sus frases hechas, sus oraciones a un Dios de su exclusiva invención y pertenencia, y alguna caricia indiferente, como indiferentes fueron también sus castigos. Sus manos manchadas de rosa y marrón se posaban protectoras en mi cabeza, mientras hablaba entre suspiros, de mi corrompido padre (*ideas infernales, hechos nefastos*) y mi desventurada madre (*Gracias a Dios, en Gloria está*)… (p. 8).

Esta cita bien podría referirse al padre de Frik, el rojo, el republicano exiliado, y a su desventurada madre, en gran medida ausente y perdida en sus recuerdos melancólicos. Las dos niñas, poco a poco, van teniendo más trato con la gente de la isla y con sus parientes (Matia) y con los compañeros del colegio (Frik), lo cual desvela para ellas

[7] Apodo que le pone una compañera de curso a Rosa, castellanización de la voz inglesa *freak*: muy significativo.

[8] Los padres de Frik, que construyen una casa con forma de barco, mantienen los usos, costumbres y lengua de su España natal y descreen de todo proyecto de futuro que no contemple el regreso a la patria, dificultando notoriamente la identificación de su hija con la realidad de la tierra de acogida.

algunos secretos bien guardados y los odios políticos que, aunque se pretenda que la guerra está lejos, no dejan de ensombrecer su nuevo entorno y agudizar la sensación permanente de peligro.

En forma magistral, ambas autoras nos permiten ver especularmente tanto la desilusión y el desencanto que sufren sus personajes —en ese tránsito del mundo contenido e inocente de la infancia a la dura realidad de la vida adulta—, como la utopía política de los vencidos frente al horror de la dictadura.

Siempre sugerida, dicha entre susurros, la una (Matute), y entre mordaces comentarios escolares (mientras preparan la representación de *Todos eran mis hijos*, la obra de Miller, en el teatro escolar), la otra (Lojo), la guerra civil va cobrando presencia y envergadura en las tramas narrativas:

> Estaba sorprendida. Había oído muchas cosas y visto, de refilón, las fotografías de los periódicos, pero aquello era real. Estaba allí un hombre muerto, lanzado por el precipicio hasta la ensenada.
>
> —Se quiso escapar cuando lo llevaban… (Matute, p. 24).
>
> Es esencial que se hagan cargo de la obra, no como algo que escribió un señor Miller en otro país, hace casi veinticinco años, después de una guerra que ocurrió muy lejos. Piensen que todo eso está pasando aquí y ahora, que ustedes son los protagonistas (Lojo, p. 29).

De igual modo, va emergiendo y volviéndose notoria la polarización de la pequeña sociedad isleña (Matute) y escolar (Lojo), que, en ambos casos, reproduce el conflicto nacional:

> El odio, recuerdo bien, alimentaba como una gran raíz el vivir del pueblo, y los hermanos Taronjí clamaban con él de una parte a la otra, desde los olivares hasta el espaldar de la montaña, y aún hasta los encinares altos donde vivían los carboneros. Los Taronjí y el marido de Malene tenían el mismo nombre, eran parientes, y sin embargo nadie se aborrecía más que ellos. El odio estallaba en medio del silencio, como el sol, como un ojo congestionado y sangriento a través de la bruma. Siempre, allí en la isla, me pareció siniestro el sol… (Matute, pp. 19-20).
>
> —Los socialistas quisieron hacerlo —comenzó Frik, con un hilo de voz que estaba muy lejos de alcanzar su volumen coral.
>
> —Habrán querido pero no lo consiguieron. No entendieron al pueblo.

> —Pero el pueblo era ignorante y ellos se propusieron educarlo. Con bibliotecas, con centros de formación, con prevención sanitaria.
>
> —Eso estará bien, pero para educar primero tenés que escuchar y comprender. Saber quién es el otro.
>
> —¿Estás seguro de que realmente lo sabían? ¿No sería que a las masas les llenaban la cabeza de propaganda y les lavaban el cerebro?
>
> —¿Quién te dijo eso, Colucci? ¿Tu viejo? (Lojo, p. 63).

Este odio —entre republicanos y franquistas (Matute) y entre peronistas[9] y antiperonistas (Lojo)— es doblemente cruel y doloroso, porque traspasa los límites de la esfera pública y se instala en la intimidad de las familias. Y junto al odio, la espera. Esto me recuerda a un escritor argentino, Antonio Di Benedetto, quien dedicó justamente su novela *Zama*, que narra la historia de un exiliado español en el Virreinato del Río de la Plata, a las víctimas de la espera, es decir, a los desterrados. La espera es, sin duda, otro de los grandes tópicos de estas literaturas. Matute lo condensa brillantemente: «La calma, el silencio y una espera larga y exasperante, en la que, de pronto, nos veíamos todos sumergidos» (p. 11).

Los niños de estas novelas son parte de esa generación que ha dado en llamarse «los niños de la guerra» o «los hijos del exilio» y se convierten también ellos, como decía anteriormente, en una suerte de exiliados. Viviendo entre la realidad y el deseo, se sienten dislocados, con la sensación de estar «flotando sobre el tiempo como un madero inútil», diría Pedro Garfias, otro escritor español desterrado, y siendo «inquilinos de la soledad», agregaría el argentino Juan Gelman, exiliado por la última dictadura cívico militar.

Las voces del exilio son infinitas y sus experiencias, sus reflexiones y sentimientos dialogan poderosamente en nuestras literaturas.

[9] La novela de Lojo muestra claramente la complejidad del escenario político argentino previo al golpe cívico-militar del año 1976: el Cordobazo, el regreso de Perón, la cuestionada presidencia de María Estela Martínez de Perón, la proscripción del peronismo, así como otros hechos que exceden el panorama nacional, como el Concilio Vaticano II. Es destacable, asimismo, que focalizar la discusión política en el relato desde la óptica de los curas y monjas que adherían a la Teología de la Liberación supone una peculiaridad de la narrativa de Lojo frente a otros escritores que han narrado la dictadura.

La contienda puertas afuera se reproduce en el seno de las familias, en las discusiones entre los primos (Matute):

> —Fíjate si son de mala especie: él les estuvo favoreciendo tanto… no sé ni cómo tienen cara para salir de casa. Y aún, mi padre, jugándose el pellejo por culpa de gente así. Mi padre luchando en el frente contra esa gentuza… Y yo aquí, tan solo.
>
> […].
>
> —También mi padre se juega la vida por culpa *vuestra*. […].
>
> —Ah, bien, bien. ¡Conque estás con ellos!
>
> No contesté. Nunca me lo había preguntado. La verdad es que yo misma estaba sorprendida de lo que dije (pp. 28-29).

O entre padres e hijos, como es el caso, por ejemplo, del compañero de Frik, Esteban Milovich y su padre:

> —¿Tu padre sabe lo que pensás?
>
> —No me habla y yo tampoco le hablo, fuera de las boludeces de todos los días (p. 86).

Los niños terminaban enfrascados en acaloradas discusiones que provenían de retazos de conversaciones que escuchaban a escondidas o en la sobremesa, mientras sus padres u otros parientes se dolían de la muerte de algún miembro de la familia o amigo y culpaban a los del bando opuesto: «¿Y a vos quién te da libreto, Milovich? ¿Tu papá? ¿Tu familia se puso las botas en la época de Perón?» (Lojo, p. 65).

Ninguno sabía bien de qué hablaba, pero el odio se abría camino y teñía de luto familias enteras. La guerra no se libraba solo en los campos de batalla, sino en las salas de estar, en los comedores y en los patios de las casas. Y los niños eran no solo testigos, sino víctimas. Así, la nostalgia del pasado, otro de los tópicos más desgarradores de esta literatura, se adueñaba de su presente, volviéndolo traslúcido:

> A veces él comentaba: ¡Cuándo acabará esto! ¿Quién crees tú que ganará la guerra? A mí me parece que los nuestros, porque son católicos y creen en Dios. «No sé» —decía yo—, «no sé quién ganará, eso nunca se sabe». A menudo él recordaba cosas: «Sabes, nosotros teníamos allí una casa muy bonita. Yo iba al colegio…». Hablaba de su tierra y de sus amigos, y yo le escuchaba sin entenderle bien. Pero me gustaba el tono de su voz. Miraba hacia los arcos y el cielo, y pensaba:

> «Mauricia». (El huerto, la casa de mi padre, el bosque y el río, con sus álamos. ¡El río, con sus remansos verdes y quietos, como grandes ojos de la tierra!). Estábamos tan indefensos, tan obligados… (p. 57).

Presas del miedo, el dolor, el odio, la incertidumbre y una acuciante soledad, los niños resultaron tal vez las únicas víctimas verdaderas, sin responsabilidad de ningún acto violento ni ningún pecado por omisión, solo el desconcierto frente a un mundo que no habían decidido y frente al que no podían tomar una posición clara: «Qué extranjera raza la de los adultos, la de los hombres y las mujeres. Qué extranjeros y absurdos, nosotros. Qué fuera del mundo y hasta del tiempo. Ya no éramos niños. De pronto ya no sabíamos lo que éramos» (p. 57).

La problemática identitaria y la sinrazón de los acontecimientos dejaron hondas heridas en los niños de la guerra. Y en ambos casos aparece claramente uno de los temas más conflictivos de la literatura que ficcionaliza estas guerras civiles: no solo la insoportable soledad a la que fueron condenados, sino la pesada herencia que deben cargar los hijos, haciéndose cargo de las culpas de la generación de sus padres. Lojo grita su rebeldía en las duras palabras de Frik. Es claro el juego especular entre Dios y los padres militantes que hace la escritora argentina:

> —También se tienen hijos para matarlos.
>
> —¿En las guerras?
>
> —No solo ahí, no solo por eso. ¿No lo hizo Dios Padre? Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Único para salvarlo.
>
> Laura Broullón la miró detenidamente.
>
> —A mí también siempre me fue difícil entender ese simbolismo.
>
> —¿No es algo más que un simbolismo? ¿No pasó de verdad, literalmente?
>
> —Eso dicen las Escrituras. Pero, más allá de los hechos visibles, Dios Padre se entrega a sí mismo en el Hijo, su desdoblamiento.
>
> —Un hijo es algo más que un desdoblamiento del padre (p. 81).

Valga esto último para acercarnos al abordaje de la arista propuesta al comienzo: cómo estas dos escritoras discuten la palabra domesticada de aquellos discursos poniendo en diálogo las esferas política y religiosa.

## 3. El Discurrir de sus Pensamientos Poéticos

> Desde que el pensamiento consumó su «toma de poder», la poesía se quedó a vivir en los arrabales, arisca y desgarrada diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes; terriblemente indiscreta y en rebeldía.
> María Zambrano, *Filosofía y Poesía*

Al comienzo, repasando el entorno poético de Matute, comentaba que los escritores de esta generación, en general, y Ana María Matute, en particular, mostraban un cuidado extraordinario por el lenguaje y alcanzaban un pronunciado lirismo sin perder el interés por los problemas sociales y políticos de su época. Cincuenta años después, desde la otra orilla, Lojo recoge la invitación imposible:

> Rosa, concentrada, preparaba ilustraciones a la carbonilla de cuentos de Borges sobre hojas de papel canson. Eran extraños dibujos, de estética expresionista y sombríos tonos góticos, donde hombres muy viejos, de barbas larguísimas, extremadamente flacos y casi desnudos, como dioses linyeras, escrutaban sus propias manos huesudas o los enigmáticos signos de un cielo nunca protector. Los personajes de «Las ruinas circulares» y «El inmortal» estaban entre los protagonistas preferidos. *Oh, that's freak* —decía Jane— *Oh, my God, very freak* (p. 18).

Ante la violencia política —tanto en el espacio público como en el privado—, un refugio posible, que permita afrontarla y encontrar algún modo de consuelo, podría haber sido la religión, pero Matute responde, desde el mismo pozo que siente habitar Frik[10] y bajo el mismo cielo nunca protector, que lúcidamente la española percibe pálido (¿tibio?):

> Sobre el arco de la gran puerta dorada, que estaba abierta, había escudos de piedra y las cabezas de los cuatro evangelistas. Por encima de la cúpula de mosaicos verdes, arrancándoles un llamear dañino, estaba el sol, rojo y feroz en medio del cielo pálido. Y me dije: «Casi nunca es azul el cielo». Una cruel sensación de violencia, un irritado fuego ardía allá arriba: todo invadido, empapado, en aquella luz ne-

[10] Recordar la primera cita de la novela de Lojo que consigné al comienzo: los estruendos llegaban asordinados, como si los demorasen y los aminorasen la distancia y el espesor del agua en el fondo de un pozo (Lojo, 2014, p. 18).

> gra. En los batientes de la puerta relucían racimos de hierro. Dentro, la humedad negroverdosa, como de pozo, se pegaba al cuerpo. En el enorme paladar de Santa María había algo como un solemne batir de alas. Y me dije si acaso en la oscuridad de los rincones anidarían murciélagos, si habría ratas huyendo o persiguiéndose entre el oro de los retablos. También la casa de la abuela era sombría y sucia (p. 40).

Es admirable cómo, solo con pequeñas descripciones, María Rosa Lojo y Ana María Matute logran una perfecta puesta en abismo de sus cuestionamientos a la complicidad e indiferencia de la Iglesia ante la violencia desatada en sus países, cuya memoria reconstruyen, a contrapelo, diría Walter Benjamin, desde la focalización marginal de una niña exiliada en una isla o en los suburbios de una gran ciudad. No es el relato oficial de un libro de historia, ni la voz altisonante de la prensa, ni el discurso hegemónico de la dictadura, ni el subversivo de las fuerzas opositoras. Todos ellos consolidados en la Historia con mayúsculas. Es el relato de unas niñas que narran, desde el dolor y la soledad, una de las tantas historias, con minúscula, de la guerra civil española y la dictadura cívico militar argentina.

Ese claro cuestionamiento a la Iglesia[11], su complicidad e indiferencia ante los asesinatos, se cifra, entonces, en estos pasajes: lo que describe Matute es la iglesia a la que van Matia y Borja con su abuela para el *Te Deum*, el tradicional himno cristiano, y que cantarán en la misa que oficiará el sacerdote amigo de su abuela para dar gracias por una victoria de las fuerzas franquistas que se publicó en la prensa local. La iglesia celebrando la muerte… El fuego abrasador del sol, que opaca el azul diáfano del cielo con su ferocidad, provocando «una cruel sensación de violencia» que lo invade todo, como esa guerra despiadada de la que nadie escapa, ni siquiera en la lejana soledad de aquella isla. Y en el interior de la iglesia, cual oscuro pozo que conduce a las fauces de una fiera insaciable, la humedad pegajosa, los murciélagos y las ratas… Brillante metáfora de los habitantes de la isla, «ratas huyendo o persiguiéndose», y de una de las razones del conflicto, tal vez la más importante en esa lejana tierra, el oro de los retablos.

[11] Cuando hablo de la crítica que hacen estas escritoras, me refiero especialmente al discurso religioso oficial de la Iglesia Católica, elocuentemente patriarcal y silenciosamente cómplice de la violencia.

Lojo completa la propuesta, dislocando ingeniosamente la imagen conservadora y patriarcal del Dios de la Iglesia católica, con la cuasi gauchesca fisonomía de los y las religiosas que adhieren a las propuestas del Concilio Vaticano II:

> El Dios de Medellín andaba de poncho, y en ojotas o alpargatas por los caminos de montaña que frecuentaban las cabras o los campesinos. Se acostaba sobre el piso de tierra de los ranchos, bajo las chapas de las villas miseria. No vivía en las catedrales ni en lo alto de la escalera prodigiosa que formaban, peldaño a peldaño, las notas de los órganos más bellos del planeta. Ese Dios estaba más acá o más allá de la ordenada y exquisita belleza. Olía a sudor, a mugre y a veces a sangre. Porque lo habían golpeado, azotado y humillado en calvarios anónimos, sin gloria alguna. Ese Dios —pero nadie lo decía, porque la palabra Hombre acaparaba todo el género humano— era también una mujer violada, una madre de pechos secos, una prostituta de doce años, quizá pequeña como una rata, banca u oscura, para quien la caída en el mundo no podía ser ni siquiera un inmenso extrañamiento sino el cumplimiento atroz de una sentencia, inexplicable e inapelable, entre los últimos condenados de la Tierra (p. 61).

Cruda, la descripción del Dios de los curas villeros, de las monjas sin hábito, de algún modo también descubre la profunda brecha entre la religión oficial —tan lejana a las prédicas de los Evangelios— y sus fieles. Lojo no solo propone un cuestionamiento metafísico a la figura de aquel Dios patriarcal que predican los curas y persevera en las madres domesticadas de las alumnas del colegio, ante quienes las niñas nunca podrían comentar esos «[a]suntos tan femeninos que resultaba insufrible declararlos ante un sacerdote siempre varón y que sus madres propias hubieran querido fácilmente oír» (p. 55). Su planteo se vuelve, en esta novela, decididamente político. También, un acto de protesta ante la ilegitimidad del relato femenino dentro de la esfera discursiva hegemónica.

Esta última cita, en la que las niñas deben confesar —con todo lo absurdo del caso— sus «cosas de mujeres» al cura de la parroquia, me recuerda un poco aquella reflexión de Clarissa Pinkola Estes:

> No se puede abordar la cuestión del alma femenina moldeando a la mujer de manera que se adapte a una forma más aceptable según la definición de la cultura que la ignora, y tampoco se puede doblegar a una mujer con el fin de que adopte una configuración intelectual-

> mente aceptable para aquellos que afirman ser los portadores exclusivos del conocimiento (1998, p. 8).

Los discursos de estas narradoras no responden a la consolidada imagen de la «treta del débil», sino que fundan otro modo de decir la violencia.

Pienso que este es el gesto indisciplinado, irreverente, combativo de estas niñas-mujeres exiliadas, que aman la verdad, pero «no la verdad excluyente, no la verdad imperativa, electora, seleccionadora de aquello que va a erigirse en dueño de todo lo demás, de todo» (Zambrano, p. 24), por lo que la susurran —aun arriesgándose a ser señaladas como escépticas— en los delicados trazos poéticos de sus descripciones (cuán significativo resulta que no recurran al discurso narrativo, sino al descriptivo, donde consiguen su mayor lirismo, para cifrar sus más ácidos cuestionamientos), eludiendo casi burlonamente la palabra domesticada, tal vez porque temen que la pregunta —sin duda ya— retórica de la malagueña no esté tan desencaminada: «¿Y no se habrá querido para eso el todo: para poder ser poseído, abarcado, dominado?» (Zambrano, p. 24).

## Referencias Bibliográficas

Lojo, M. R. (2014). *Todos éramos hijos*. Buenos Aires: Sudamericana.

Matute, A. M. (2015). *Primera memoria*. Barcelona: Titivillus.

Pinkola Estes, C. (1998). *Mujeres que corren con los lobos*. Barcelona: Ediciones B.

Zambrano, M. (1996). *Filosofía y Poesía.* México: Fondo de Cultura Económica.